

de Diego, Josefina (2016). *El reino del abuelo*. Presentación de Eliseo Alberto. La Habana: colección Sur Editores, pp. 76

Fabiola Cecere
(Università Ca' Foscari Venezia, Italia)

Los recuerdos infantiles de un tiempo perdido pueblan las pocas páginas de *El reino del abuelo*, que es un testimonio tan personal como literario, publicado en Cuba veintitrés años más tarde con respecto a su primera edición mexicana de 1993. A través de los breves relatos que lo integran, efectivamente, es posible adentrarse no solo en la historia de una conocida familia de La Habana – la García-Marruz Diego –, sino también en «un enorme universo cultural que pertenece sobre todo a Cuba» (de Diego 2016, 70), como especifica Laidi Fernández de Juan, en el texto conclusivo a la edición cubana.

Josefina de Diego (La Habana, 1951), hija del poeta y narrador Eliseo Diego, evoca y recrea anécdotas que pertenecen a un periodo feliz de su vida, transcurrido en la finca familiar de Arroyo Naranjo, un pueblo en las afueras de La Habana. En Villa Berta se reunían la familia y los amigos en varias ocasiones, y muchos de los intelectuales que formaron parte de lo que en Cuba se conoció como el grupo Orígenes, entre los cuales se destacan sus tíos Cintio Vitier y Fina García Marruz.

La mirada infantil y las descripciones sencillas, pero minuciosas, de *El reino del abuelo* remiten a otras publicaciones de la escritora, dirigidas principalmente a un público infantil y juvenil, con las cuales se la ha conocido dentro y fuera de Cuba (*Un gato siberian husky*, 2007, que recibió el Premio de la Crítica Literaria; *Rimas y divertimientos*, 2008; *Como un duende en mi jardín*, 2009).

El pequeño cuaderno comienza con una presentación de Eliseo Alberto, hermano de la autora, al cual se le otorga la tarea de abrir las puertas del extraño pueblo de Arroyo Naranjo. El lugar, a mitad entre la ciudad y el campo, es conocido por recurrir en la poesía del padre Eliseo y por ser recordado como el paraíso perdido de la infancia de este. Aquí, el abuelo asturiano, Constante de Diego, había construido Villa Berta, una quinta familiar entre árboles, frutales y jardines, donde la familia de Eliseo Alberto y Josefina decidió regresar en 1953, para que los tres hijos

podrían disfrutar de la naturaleza, hasta 1968, fecha en que tuvieron que dejar la casa definitivamente.

La escritora documenta estos años a través de una evocación ilustrativa singular, trayendo al lector recuerdos de objetos, colores, olores y músicas que día a día alegraban a toda la familia: el aroma de mandarinas durante las fiestas de Navidad, el ruido del ir y venir de los múltiples visitantes, las danzas de Cervantes y Samuel interpretadas por la abuela Chifón en el piano, los escondites que sus hermanos y ella construían entre los pinos, el arrullo de las palomas, las luces y las sombras creadas por los árboles en el jardín, el ruido del tren que se acercaba al pueblo, la voz de su padre que llamaba «¡Bella!» a su madre, la lectura de poemas, artículos y traducciones con que se entretenían 'los mayores' los domingos, los versos desgarradores que la tía Fina empezó a escribir cuando tuvieron que abandonar la finca.

En las evocaciones de la escritora Villa Berta se revela como un sitio genuino y acogedor, donde incluso las escenas familiares más lejanas en el tiempo parecen brotar de todas partes y tomar vida. Se lee, por ejemplo, de algunos cuentos con que la madre de la autora solía entretener a sus hijos, recordando a su padre y mostrando fotos y recortes de periódicos guardados en la casa.

El lenguaje del texto es inocente y tierno como el de una niña que describe sus días felices, y como el de una adulta que decide regresar a su reino infantil, alegre y nostálgico a la vez. No parece siquiera necesario haber visitado el pueblo de Arroyo Naranjo y Villa Berta para respirar el aire familiar que la autora transmite con detalles nítidos y, en ocasiones, con un cierto lirismo. En la prosa de la escritora se nota, además, la herencia poética de su padre (y también de los poetas originistas), esa manera de vivir el tiempo, el espacio y las experiencias familiares de modo similar y de recrearlos a través de un lenguaje casi idílico.

Gracias a la edición de 2016 de la UNEAC, el libro por primera vez ha circulado en Cuba de forma íntegra, después de aparecer solo parcialmente en la revista *Casa de las Américas* y en la antología *Estatuas de sal. Cuentistas cubanas contemporáneas* (1996). Incluso ha sido presentado en la XXVI Feria Internacional del Libro de La Habana, en el mes de febrero de 2017. Estos eventos han permitido revivir en la isla un capítulo importante perteneciente a la vida de algunas figuras conocidas de las letras cubanas. Además, la publicación constituye un paso más hacia la construcción y la reunificación de una narrativa dentro y fuera de Cuba.